

Conversación en México con Ernesto de la Torre Villar

Claudia MÁRQUEZ PEMARTÍN

El amplio recorrido desde Insurgentes Sur al Circuito Mario de la Cueva, donde se encuentran los más connotados centros de investigación de la Universidad Nacional Autónoma de México, la UNAM como se la conoce popularmente. Allí están la Biblioteca Nacional, el Centro Cultural Universitario, los Institutos de Investigaciones Históricas, Estéticas, Jurídicas, Filosóficas, etc., con todo su entramado natural de roca volcánica. Todo esto era impensable hace tan solo cuarenta años. Quién iba a imaginar que el hábitat de los estudiantes universitarios mexicanos podía cambiar tanto... Las amplias extensiones de jardín combinado con roca y maleza —que impiden hablar de explanadas— no pueden compararse con el entorno de Mascarones y de San Ildefonso —con sus viejas casonas y transportes de principios de siglo—, donde nuestros maestros estudiaron... Y esto nos lleva a valorar más aún sus esfuerzos por hacer la Universidad en México, pues aunque lo que realmente importe es la comunidad de estudio e investigación, de diálogo y de enseñanza, indudablemente los entornos pueden favorecer la serenidad intelectual para el trabajo académico y el Campus Universitario. La zona de los Institutos de la UNAM es inmejorable.

Con estos pensamientos me encaminaba al anexo de la biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas, el 29 de octubre de 1997, donde iba a tener la oportunidad de hablar con Don Ernesto de la Torre Villar, maestro y escritor tan conocido por todos nosotros¹.

1. Datos biográficos más representativos: Natural de la Ciudad de México, nacido el 24 de abril de 1917. Su primera etapa de formación transcurrió en la propia Ciudad. La educación primaria, de los 6 a los 12 años en el Colegio Francés; la secundaria, de los 12 a los 15 y la preparatoria de los 15 a los 17 años (la Preparatoria duraba entonces sólo dos años). Ingresó, en 1937, en la Facultad de Jurisprudencia de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), en la calle de San Ildefonso. Alcanzó el grado de licenciado en Derecho en 1941. Mientras tanto había alternado con algunas materias de Filosofía, lo cual lo llevó al Centro de Estudios de Historia, a El Colegio de México y a la Escuela Nacional de Antropología, donde estudió de los años 1941 al 45, obteniendo el título de maestro en Historia. Ha sido Subdirector del Archivo General de la Nación, y Director de la Biblioteca Nacional de México y del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM. Académico de número de la Academia Mexicana y de la Academia Mexicana de la Historia. Actualmente es Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Pregunta. ¿Qué le parece, Don Ernesto, si empezamos por los recuerdos de su infancia? Por ejemplo: ¿qué le evoca la Cristiada²?

Respuesta. Yo estaba todavía en la escuela primaria cuando tuvo lugar la persecución y la Guerra de los Cristeros. De ésta teníamos —por muy diversas razones— pocas noticias; en cambio de la persecución que se daba dentro de las ciudades estábamos más informados, porque algunas amistades estaban relacionadas con la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, que se constituyó en 1925. También llegamos a saber que algunos miembros de la Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos (ACJM) habían sido sorprendidos pasando armas y municiones en los alrededores del Distrito Federal. A uno de ellos lo mataron en Tlalpan, y a veces íbamos a su tumba a llevarle flores. Empezaban a surgir los primeros mártires del movimiento. Pero yo no tuve una información amplia de todo aquello en ese momento. Ya más tarde me pude percatar, por haber conocido y tratado a algunas personas involucradas, de cómo fue realmente el desarrollo de la Guerra y de quiénes fueron sus protagonistas. Mi conocimiento fue *a posteriori*.

P. ¿Conoció usted a algunos de los eclesiásticos o de los líderes del movimiento?

R. Sí. Logré conocer a muchos eclesiásticos que, en ese momento, habían tenido que ocultarse. Junto a mi casa estaba escondido uno de los obispos de la Ciudad de México, el obispo auxiliar Don Maximino Ruiz y Flores, un personaje entrañablemente querido. Era muy pacífico... No era de esas gentes que azuzaban... Yo creo no veía con simpatía el movimiento cristero, aunque no decía nada en contra; pero, tampoco participaba grandemente, como sí lo hacían otros personajes. Más tarde también pude conocer a varios compañeros, tanto en la Preparatoria como en la Facultad de Leyes, que habían sido cabecillas en la zona de Michoacán y de Colima. Otros habían actuado en la Ciudad de México, principalmente en la ACJM o en la Liga; y ya más tarde, cuando trabajaba en el campo de la Historia, pude darme cuenta de lo valiosos que eran los materiales de todo ese momento: los materiales documentales que tenían guardados en muy diversas partes.

P. ¿Qué tipo de acciones realizaban en la Capital esas personas?

R. Hacían propaganda, repartían volantes en favor de la libertad religiosa, pedían que no se cumplieran las leyes que se habían promulgado restringiendo el número de sacerdotes, luchaban por que no se cerraran las iglesias, para que cesara la persecución. También acudían a los domicilios a buscar ayuda económica para las batallas de los cristeros. Varias señoras y señoritas tenían algunos centros en los cuales almacenaban armamento y pertrechos. Ellas colaboraban activamente, pues incluso bajo las capas que usaban por las mañanas, porque hacía frío, ocultaban cartuchos y armas de fuego. Se responsabilizaba de la per-

2. La revuelta cristera o «Cristiada» duró de 1926 a 1929. Fue fundamentalmente un movimiento campesino que apoyó a la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. Aunque el episcopado, siguiendo las indicaciones vaticanas, ni se mezcló ni dirigió la lucha, muchos eclesiásticos militaron en sus filas. Al principio contó con unas fuerzas armadas de unos doce mil hombres, que llegaron a ser veinte mil cuando terminó, en 1929.

secución fundamentalmente a dos de los presidentes: a Álvaro Obregón y a Plutarco Elías Calles, que se sucedieron en el Gobierno³.

P. ¿Quiénes eran esas mujeres a las que se acaba de referir?

R. Eran amigas de la familia o vecinas. No recuerdo sus nombres pero... ¡abundaban! Parecían golondrinas en vuelo por toda la ciudad, solicitando recursos. Era gente muy decidida y valiente pues, cuando las lograban sorprender, iban a parar a los sótanos de la Inspección de Policía, que eran unas mazmorras terribles.

P. Habiéndose cerrado las iglesias, ¿qué carácter tomó la práctica religiosa con la persecución?

R. Las ceremonias religiosas tenían que efectuarse en la clandestinidad. Había algunas personas, principalmente mujeres, que ofrecían sus casas... Una de ellas, de apellido Pinto, tenía un gran lote, en el cual había un taller de compostura de automóviles; y, al final de ese gran terreno, tenía una pequeña habitación. Ahí se solía celebrar la Santa Misa. Nos reuníamos muy temprano. Todos llegábamos poco a poco, por separado, y como despistando y... buscando que no hubiera policías en las cercanías. Era como una especie de catacumba, pero sobre la tierra. Varias veces llegó la policía cuando tenía lugar la celebración. En alguna ocasión tuvimos que huir por las azoteas de las casas vecinas, que evidentemente estaban en conocimiento de lo que ocurría, y nos franqueaban el paso para salir por otra parte.

P. ¿Le detuvo en alguna ocasión la policía?

R. En una de esas tantas redadas, yo estaba ahí un poco como monaguillo, y nos prendieron. Nos condujeron a los sótanos de la Policía... Eran unos sótanos oscuros, insalubres, casi sin aire, sin luz... Podía ocurrir que las detenciones fueran de varios días. Ese edificio estaba lleno de soldadones, de policías que trataban de amedrentar a toda la gente que llevaban allí. Las asustaban, decían que las iban a vejar, que las iban a golpear, incluso a matar..., pero en realidad no pasaba nada grave.

P. En esas persecuciones ¿se atentaba contra la integridad física de los ciudadanos?

R. Las situaciones eran muy variables. Dependía mucho del jefe de policía, que podía ser un soldadón. Si éste era violento, abofeteaban a la gente, la maltrataban, la tenían varios días en las mazmorras, sin darles alimentos. Pero, en otros casos se contentaban con una regañina en un tono muy airado y los sacaban a la calle.

P. ¿Qué pasó el día que lo detuvieron?

R. A los cuatro o cinco que fuimos detenidos ese día nos retuvieron unas cuatro o cinco horas. Luego, después de un regaño, nos dejaron salir.

3. Álvaro Obregón fue presidente de 1920 a 1924. En las elecciones de 1928 fue reelegido, pero resultó asesinado pocos días después de electo, y no pudo tomar posesión. Plutarco Elías Calles fue presidente de 1924 a 1928. Pero antes, durante la presidencia de Obregón, había ya ocupado cargos de mucho relieve en el gobierno de la República. La Cristiada acabó durante el interinato del Presidente Emilio Portes Gil (1928-1930), quien, además, rompió las relaciones con Rusia, que ya era comunista.

P. ¿Recuerda algún comentario de familia a propósito de la mediación o, por lo menos, de la actitud del Papa Pío XI recomendando la deposición de las armas y la obediencia cívica al poder legítimamente constituido?

R. Supimos de las negociaciones que establecieron el Estado y un grupo de obispos. Ahí estaba el delegado apostólico, Don Leopoldo Ruiz y Flores, que era primo de Don Maximino, y Don Pascual Díaz. Sabíamos también que uno de los que menos deseaba el arreglo con el Estado era el obispo de Huejutla, Manrique y Zárate. Pero de los otros obispos no teníamos noticia.

P. Sigamos con su formación intelectual y académica. Usted llegó a la UNAM en el año 37. ¿Se acuerda usted del ambiente de la Universidad por aquellos años?

R. Yo llegué a la Universidad muy tempranamente cuando estaba estudiando la secundaria, por lo siguiente: tenía un gran interés por estudiar música y me inscribí en la Facultad de Letras que estaba a unas cuadras de mi casa. Verá por qué. La Escuela de Música no exigía, para ingresar, que uno tuviera terminado el bachillerato, pero sí preveía que un músico sin un complemento cultural no podía ir muy lejos. Nos alentaban a que nos inscribiéramos como alumnos libres en la Facultad de Filosofía. Yo me inscribí en la Facultad de Filosofía y Letras y cursé principalmente las materias que me resultaban más accesibles. Así logré terminar casi la carrera de Letras antes de seguir otros estudios. Después la continué simultaneándola con la de Derecho, una vez acabado el Bachillerato. De esta forma empalmé las dos carreras.

P. ¿Qué tipo de música cursaba usted? ¿Musicología?

R. Estudiaba piano. Quería ser ejecutante. Estudié alrededor de seis años. Me gustaba mucho y, claro, la vida musical me atraía enormemente. Pero después tuve que dejarlo, por dificultades económicas que hubo en la familia. El tener que trabajar para poder seguir sosteniendo mis estudios me obligó a abandonar la Música. Eso sí, no se me quitó la melomanía.

P. ¿De sus maestros de la UNAM de aquellos años, a quién recuerda usted con más cariño, por la influencia que tuvo en usted?

R. Aparte de los maestros de la Facultad de Música, que fueron muy queridos realmente por mí, sobre todo el profesor de piano, que era el maestro Santos Carlos y con quien logré hacer una muy buena amistad, en la Facultad de Filosofía logré tener magníficos maestros. Llevé varios cursos con el maestro Don Ezequiel Chávez, y lamento no haber tenido entonces la preparación filosófica suficiente para penetrar en los cursos que él daba, porque era un profesor extraordinario... Por otra parte, fue un hombre que me impresionó muchísimo, por su gran espiritualidad, por su comprensión de la vida, por su forma de tratar a todo el mundo. Alguna vez he comentado que veía a Don Ezequiel Chávez como envuelto por un halo. Cuando él explicaba, yo lo veía iluminado de luz. Fue un hombre que me impresionó muchísimo.

P. ¿Recuerda de manera especial a otros catedráticos?

R. Admiré mucho al gran filósofo Antonio Caso, que impartía las clases de Estética... ¡estupendas! ¡Aquello era Filosofía! Era un filósofo muy penetrante, pero principal-

mente un gran orador. Cada lección era un encanto. Extasiaba escuchar cómo construía y cómo desarrollaba el discurso. Influyó mucho en toda la intelectualidad de aquellos años. Tengo para mí que fue el pensador más influyente de aquella época, porque ocupó por mucho tiempo la cátedra. Más tarde, también nos deslumbró José Vasconcelos, pero, como estuvo poco tiempo en la Universidad —casi no ejerció la docencia—, no tuvimos seguimiento con él. En cambio, con Caso sí.

Más tarde, conforme fui siguiendo los estudios, recibí cursos con el hermano de Antonio Caso, con Alfonso Caso, que era un filósofo notable también, un hombre de una lógica contundente. Se había dedicado a la Arqueología, y trabajaba ya en ese campo; era un intelectual brillantísimo. En fin, toda la familia Caso fue muy relevante: de todos guardo muy buenos recuerdos.

Otro maestro que me impresionó muchísimo, admirado por todos, pues era realmente el patriarca de las Letras Mexicanas, fue Federico Gamboa, autor de varias novelas. Un maestro estupendo y, como ya era bastante grande [mayor], cuando nos hablaba de otros escritores que había conocido, sus vivencias eran notabilísimas... Hablaba, por ejemplo, de Guillermo Prieto⁴, a quien había tratado siendo él muy joven y Prieto ya de bastante edad. Hablaba de otros literatos. Era un curso excelente, porque Gamboa había vivido intensamente su época: había sido diplomático y secretario de Estado, y conocía a la perfección el mundo intelectual de su tiempo.

Otro escritor y poeta, notable filólogo, fue Balbino Dávalos. También pude cursar con él varias materias y le tuve una gran devoción, por sus conocimientos. El maestro que más sabía y tenía mejores juicios, más afinados, más certeros, en el campo de la Historia del Arte, era Don Carlos Lazo (el Viejo), padre de un magnífico arquitecto también, que fue Secretario de Comunicaciones. En esos años pude conocer así mismo a un gran escritor yucateco, Don Antonio Méndez Bolio, e inicié relación con Alfredo Barrera Vázquez.

A medida que progresaba mi carrera de Letras me fui inclinando a la Historia Antigua y a la Arqueología. Entonces trabajé durante algún tiempo, con arqueólogos notables.

P. ¿Recuerda algún nombre?

R. Con el mismo Alfonso Caso, con Ignacio Marquina y Eduardo Noguera. En ese trabajo me desempeñaba con mucho gusto, porque me tocaba hacer exploraciones arqueológicas. Y, cuando hacíamos trabajo de campo, yo estaba feliz, porque la salida al campo me agradaba mucho. Me sentía en perfecto estado de ánimo. La naturaleza siempre me ha atraído, quizá porque mi familia vivía en fuera de la ciudad y ese origen, un poco campesino, me llamaba.

P. Vayamos, si le parece, a sus estudios de Derecho, que simultaneó con los de Letras.

4. Guillermo Prieto (1818-1897) fue el poeta mexicano más popular de su época. Se dedicó también a la política y ocupó la cartera de Hacienda. Fue político liberal convencido.

R. En la Facultad de Jurisprudencia vivimos unos años agitados, porque era la época en la que habían surgido serias desavenencias con el Estado. La Universidad había reclamado y obtenido su autonomía gracias al esfuerzo de una serie de intelectuales, entre los que descollaban Antonio Caso, Ezequiel Chávez, Manuel Gómez Morín. Vivíamos en esos años rodeados de un grupo de maestros que habían participado en el movimiento que trataba de llevar a Vasconcelos a la Presidencia. También contábamos con un equipo muy brillante de abogados, la mayor parte de ellos magníficos oradores. Fue la mejor generación de oradores que hubo en México en aquellos años.

La Escuela de Derecho tenía un cuerpo de profesores estupendo. Los penalistas eran notables. Allí estaban Francisco González de la Vega, Raúl Carranca Trujillo, José Ángel Ceniceros y Carlos Franco Sodi. Algunos se habían formado en México y otros en Europa. Ese cuerpo de penalistas constituía lo más brillante del Derecho Criminal mexicano.

No puedo olvidar el cuerpo de civilistas, entre los que destacaría a Roberto Cosío, Jesús Ledezma, Rafael Rojina Villegas, Gabriel García Rojas. Don Emilio Pardo Aspe todavía daba clases. Y en esos años, ya casi terminada la carrera, se sumaron a la Facultad algunos abogados españoles venidos con el grupo de transterrados, como Sacristán Colás y algunos más, cuya enseñanza fue muy buena.

P. ¿Recaséns Siches⁵?

R. Luis Recaséns Siches entró a la Facultad y se conjuntó muy bien —porque daba Introducción al Derecho y Filosofía del Derecho— con los maestros mexicanos. Allí estaban los mexicanos Eduardo García Maynez, quien tal vez fue el más sólido, el más firme en su saber filosófico-jurídico, y además con una gran trayectoria; y Juan José Bremen. Con ellos el ya citado Recaséns. Salíamos de una clase y nos metíamos en otra, con tal de escuchar las lecciones que Recaséns dictaba sobre Normas del Derecho y Filosofía del Derecho.

P. ¿Qué nos podría decir de otros maestros mexicanos?

R. Para afianzar su autonomía y la libertad de cátedra, y para defenderse de las intromisiones de la Administración de la República en asuntos académicos, la Universidad llamó a trabajar en ella, por esos años, a viejos revolucionarios de la oposición, un poco para enfrentarlos con el gobierno. Esa es la verdad. Ingresaron en su claustro gentes como Aurelio Manrique, que había sido un político muy connotado y un gran tribuno, y se había enfrentado a Obregón. Y el ideólogo de Zapata, Antonio Díaz Soto y Gama. Éste daba el curso de Derecho agrario y cada clase la convertía en un mitin antigubernamental. Era un líder honestísimo. No puedo olvidar a Don Vito Alessio Robles, quien enseñaba Historia.... Constituían, pues, un grupo de viejos revolucionarios que apoyaban la autonomía, la libertad y los derechos de la Universidad. Esa fue realmente muy buena medida. Pero, además, en el ánimo de los estudiantes provocaban un gran sentido de libertad, anejo a un gran sentimiento revolucionario, no en el sentido que se puede emplear ahora, sino entendido como defensa de sus derechos aun a costa de las armas. Ese grupo de juristas influyó notablemente en muchas generaciones.

5. Luis Recaséns Siches, nacido en Guatemala, fue catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Central de Madrid y discípulo de José Ortega y Gasset, hasta exiliarse a México.

P. Después pasó usted a El Colegio de México. Quizá nos podría hablar de la llegada del exilio español a México... Debe de haber conocido a algunos de ellos, además de Recaséns Siches, del que ya hemos hablado...

R. El Colegio de México había sido la Casa de España⁶: una institución consagrada a recibir y organizar la vida de tantos intelectuales españoles como llegaron en aquellos años. Estaba llena de grandes figuras. Y, a través de la Casa de España, se incorporaron y se colocaron en diversos lugares. Del grupo de filósofos recuerdo a José Gaos⁷, Joaquín Xirau⁸ y David García Bacca⁹. Sentí mucho la ausencia de García Bacca, que nos dejó para ir a Sudamérica, principalmente a Colombia, porque en México habría sido realmente uno de los maestros más sólidos y mejores. Pero, por causa de una serie de conflictos, se marchó. De los que se afincaron aquí, realmente el más destacado fue José Gaos. El logró formar a una amplia serie de discípulos.

P. ¿Y en el área de Historia?

R. A nuestro grupo —se creó entonces el Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México— le tocó formarse con maestros muy sólidos. El primero que se me ocurre mencionar es Agustín Millares Carlo¹⁰, que nos enseñó Paleografía y Diplomática, y nos dio también clases de latín y de humanidades en general. Nos introducía en la bibliografía universal, en el mundo del libro. Era un hombre de unos conocimientos humanísticos muy vastos. Además, era una persona cordialísima y un gran trabajador. Lo movían a trabajar su propia dinámica, porque la tenía, y además urgencias personales que le hacían desarrollarse de una manera terrible. Varios años actuamos a su lado con mucha eficacia. Luego, yo tuve la suerte de seguir colaborando con él en muchas empresas editoriales, entre otras, la bibliografía de la «Revista de Historia de América». Realmente el recuerdo que tengo de él es extraordinario.

6. La Casa de España fue creada por el presidente Lázaro Cárdenas en 1938. La idea inicial y la posterior gestión cultural de la Casa fue obra de Don Daniel Cosío Villegas, economista e historiador, embajador de México en Portugal al iniciarse la Guerra civil española (1936), y fundador del Fondo de Cultura Económica. También fue decisiva la intervención de Don Alfonso Reyes, humanista, diplomático y escritor. Los primeros invitados fueron sólo doce, que viajaron a México con la esperanza de regresar a España al terminar la Guerra civil. Pero, la caída de la República española y los hechos que se sucedieron, obligaron a un cambio de política por parte del gobierno mexicano. Al cabo de dos años, es decir, en 1940, la Casa se convirtió en El Colegio de México, dando un giro total a sus actividades: pasó, de ser un lugar de refugio, a ser un centro de investigación y docencia.

7. José Gaos, nacido en Asturias, fue profesor en las Universidades de Zaragoza y en la Central de Madrid, de la cual fue el último Rector antes de la caída de la República. Se exilió a México en 1939.

8. El catalán Joaquim Xirau Palau fue catedrático de Lógica en las Universidades de Salamanca y Zaragoza, para pasar posteriormente a la Universidad de Barcelona. Se exilió a México.

9. Juan García Bacca, nacido en Pamplona, había sido catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona antes de exiliarse a México y pasar posteriormente a Venezuela, Colombia y Ecuador.

10. Agustín Millares Carlo, nacido en Canarias, fue catedrático de Paleografía de la Universidad de Granada y de la Central de Madrid, antes de exiliarse a México.

P. ¿Estaba Bosch Gimpera en El Colegio¹¹?

R. A Pedro Bosch Gimpera lo acomodaron en la Escuela de Antropología para enseñar Prehistoria, y en la Facultad de Filosofía, donde daba también Prehistoria y otras asignaturas más. Pero no fue directamente nuestro maestro. En cambio, su hijo Carlos Bosch sí se incorporó al Centro de Estudios Históricos. A Don Pedro lo conocíamos sólo por conferencias y por sus libros.

Estaba también Ramón Iglesias, muy joven, que venía de Madrid. Nos explicó varios años Historiografía. Realmente los primeros trabajos que logramos hacer en El Colegio y que se publicaron, los hicimos bajo el cuidado de Ramón Iglesias. Era un hombre simpático y cordial, que tenía mucha influencia, pues se llevaba muy bien con todos los estudiantes y, además, era muy brillante y magnífico expositor.

Luego tuvimos a Don Francisco Barnés que había sido catedrático de Historia de España, en Madrid. Tuvimos también a José Carner¹², un hombre de una gran sensibilidad que también nos explicó Historia de España y que estaba muy interesado por el arte mexicano. Había sido embajador. Por ello logró rodearse de un grupo de personalidades, en el campo diplomático, que influyeron mucho en la cultura de aquellos años.

También tuvimos como maestra, en varias asignaturas, a Concepción Muedra (Conchita Muedra, como la llamábamos familiarmente), que había sido discípula de Don Claudio Sánchez Albornoz¹³. Una mujer muy versada, muy metódica, muy rigurosa en sus explicaciones. Desgraciadamente no dejó ninguna obra escrita.

P. ¿Tiene usted conocimiento de cómo los exiliados españoles fueron incorporándose a las diferentes Facultades de la UNAM?

R. Algunos filósofos y otros especialistas, si bien se acogieron primeramente a La Casa de España y a El Colegio de México, eligieron después otros derroteros. Muchos de los filósofos tuvieron que ir a la Facultad de Filosofía, a encargarse de seminarios y de cursos especiales. A los antropólogos los situaron en la Escuela de Antropología, y a los historiadores, con los que más convivimos, en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio.

Recuerdo también a Juan de la Encina, que venía aureolado de una gran fama, pues había sido director del Museo del Prado. Yo asistí a varios de sus cursos en El Colegio. Sin

11. El barcelonés Pere Bosch Gimpera había sido catedrático de Prehistoria e Historia antigua en la Universidad de Barcelona, y después Rector de la Universitat Autònoma de Barcelona durante la Guerra civil española (1936-1939).

12. El destacado poeta y literato catalán Josep Carner, ingresó muy joven en la diplomacia española. Al terminar la guerra civil se trasladó a México y, posteriormente, a Bélgica, donde enseñó en la Universidad Libre de Bruselas.

13. Claudio Sánchez Albornoz, historiador madrileño, fue catedrático de la Universidad de Barcelona, pasando posteriormente a la Universidad Central de Madrid, siendo elegido académico de la Historia. Fue un eminente medievalista. Se exilió a Argentina, donde enseñó en la Universidad de Cuyo y, posteriormente, fue presidente del Instituto Argentino de Cultura Hispánica.

embargo, para mí no supuso su docencia ninguna novedad, pues ya lo había aprendido con Carlos Lazo y Manuel Toussaint.

Es una pena que Don Agustín Millares, quien tuvo necesidad de salir varias veces de México y de enseñar en otras universidades, no formara escuela. Enseñó mucho, todo el mundo apreciaba sus conocimientos, pero no dejó discípulos, como sí los dejó Gaos. Todo un grupo de filósofos mexicanos, en efecto, siguieron las directrices de Gaos.

El exilio español fue muy brillante. Contamos, aunque por poco tiempo, con algunos literatos o filósofos que pasaron por la Ciudad de México camino de otras Universidades, como María Zambrano. Ella se radicó en Morelia, pero, cuando daba sus conferencias, salíamos a escucharla como también a algunos otros antropólogos, como Juan Comas, que fue un magnífico promotor de la Antropología en México. Justamente en estos días van a celebrarse unas jornadas en su honor, pues formó toda una escuela de antropólogos físicos muy notables. Comas hizo una buena labor de difusión y dejó una huella muy honda en el campo de la Antropología.

P. Don Ernesto, ¿cuál fue el tema de su investigación para obtener el grado?

R. Fueron dos investigaciones. En la Facultad de Jurisprudencia presenté un estudio sobre las Leyes del Descubrimiento. Y en El Colegio de México, una investigación sobre la educación y las reformas del Dr. Mora.

P. ¿Se publicaron las dos?

R. Se publicó sólo la primera¹⁴.

P. Acabada la maestría en Historia en el año 1945, ¿cómo sigue su trayectoria? ¿Estaba usted soltero, se había ya casado?

R. Estaba todavía soltero. Al terminar la maestría —éramos la primera generación de estudiantes de El Colegio de México— el director de ese centro, que era Don Silvio Zavala, tenía planes para promover una transformación grande de los estudios históricos en México. Pensaba que mientras no estuvieran bien estructuradas ciertas instituciones que deberían de servir como apoyo a la investigación, no avanzaría la producción académica. Por ello era necesario reorganizarlas. A unos nos mandó al Archivo General, a otros a la Biblioteca Nacional, a otros a enseñar a tal o cual parte, y así fuimos ocupando puestos como investigadores y directores en diversas instituciones.

P. Usted fue destinado al Archivo General de la Nación, ¿no es así?

R. Ciertamente. Yo trabajé en los primeros tiempos en el Archivo de la Nación. Ingresé allí y me tocó emprender, con el grupo que llegamos, todo un movimiento de transformación para mejorar los catálogos e impulsarlos, alentar la organización e investigación, y tratar de que se hicieran más publicaciones. En fin...

14. *Las Leyes del descubrimiento y conquista de América en los siglos XVI y XVII*, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, México 1948. Esta monografía ha sido reeditada con el título *Estudios de Historia Jurídica*, UNAM (Instituto de Investigaciones Jurídicas), México 1994, 432 p.

P. ¿Dónde estaba el Archivo de la Nación?

R. El Archivo estaba en el Palacio Nacional, en lo que hoy serían los bajos de la Presidencia de la República. En ese local se había establecido desde que se inició. Posteriormente se trasladó, primero al Palacio de Comunicaciones y, luego, a la antigua penitenciaría de Lecumberri. Pero por aquellos años estábamos en el Palacio Nacional y resultaba muy interesante ir ahí, porque en esa enorme manzana en donde se hallaba el Palacio Nacional, se ubicaban otras instituciones muy importantes: la Secretaría de Hacienda; la Secretaría de la Defensa, el Museo Nacional de Antropología con sus antiguas salas, sus antiguas colecciones. Allí podíamos consultar las bibliotecas de legislación, de economía, de problemas hacendarios, de estudios tributarios, la Biblioteca General... Así es que toda la manzana estaba ocupada por instituciones gubernamentales y culturales. Allí estaba el núcleo del poder y de la cultura.

La Secretaría de Hacienda, por ejemplo, tenía una fuerza cultural muy grande en aquellos años. Se ocupaba de organización de las bibliotecas y de los archivos. Contaba con gente muy talentosa y muy constructiva. Allí trabajaba Don Jesús Silva Herzog (el viejo), Don Antonio Villaseñor... En fin, todo un grupo que impulsó la educación y la cultura, la gran cultura en México.

P. ¿Podían ustedes aprovecharse de todos esos recursos?

R. Así es. Teníamos la posibilidad de visitar las colecciones del Museo, llevar algunos de los cursos que se impartían en el Museo mismo, trabajar en las bibliotecas... Estábamos realmente en el centro de la Ciudad. En ese momento México tenía un centro histórico muy importante y muy limpio. El centro conservaba todavía las características que había adquirido principalmente en el siglo XIX: contaba con enormes casonas y una serie de grandes instituciones como el Conservatorio de Música y la Academia de San Carlos. Muy cerca estaba la Secretaría de Educación Pública (SEP)¹⁵. Y luego, todas las Facultades Universitarias, que se hallaban en el centro de la Ciudad. Todavía no se pensaba en la construcción de la Ciudad Universitaria. Así es que nos movíamos en un ambiente académico muy tranquilo, lleno de cultura, bibliotecas, librerías...

P. ¿Cuánto tiempo estuvieron ahí?

R. Trabajé en el Archivo del 45 al 48. El 48 solicité una beca para ir a estudiar a Francia y me la concedieron. Y en ese año decidí casarme e irme ya casado a Europa, en concreto a París, donde estuve de 1948 a 1952.

P. ¿Algunos hijos suyos nacieron en París?

R. Allí nació el primero. La segunda se concibió allá, pero vino a nacer a México. Pero el primero resultó «parisino». Tuve que separarme de mi mujer y mi hijo, y devolverlos a México, porque la situación política estaba muy tensa en Europa y se temía una nueva guerra. Era la época de la «Guerra fría» y del famoso puente aéreo de Berlín. Parecía que Stalin podía desencadenar las hostilidades en cualquier momento. Estalló también la guerra de Corea...

15. Equivalente a lo que en España es el Ministerio de Educación y Ciencia (N. de la R.).

Mientras seguí en París mi misión fue doble. Por un lado estudiar para obtener un grado y, por otro lado, realizar una investigación en los archivos franceses, con el objeto de inventariar la documentación mexicana que existía allí.

P. ¿Qué temática le interesaba?

R. Específicamente, las relaciones diplomáticas de México con Francia y, luego, un pasaje importante de la historia mexicana: las intervenciones francesas de mediados del XIX.

P. ¿Dónde trabajó fundamentalmente?

R. Al tiempo que estudiaba en La Sorbona y en la Escuela de Altos Estudios, trabajaba en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, para lo relativo a la Diplomacia; en los Archivos Nacionales, para las cosas generales; y en el Archivo del Ministerio de la Defensa, que primero estaba en el centro de París y luego se trasladó hasta Vincennes. En este último laboré mucho tiempo. Pude revisar y catalogar todos los fondos relativos a la expedición francesa de Maximiliano (1864-1867). Los documentos me parecieron muy interesantes y años después publiqué un libro basándome en esos fondos¹⁶. Luego pude indagar, aunque menos tiempo, en el Archivo de Relaciones Exteriores. De todas formas, de mi investigación en Exteriores salieron también algunas publicaciones.

P. ¿Por qué redujo su labor en el Archivo de Relaciones Exteriores?

R. Porque, si en el Ministerio de la Defensa tuve total acceso a los fondos, gracias a la bonhomía de los jefes que en ese momento dirigían el archivo, en Relaciones exteriores estaba muy limitado. Limitaban el acceso a cincuenta años, y por eso, cuando llegaba a cierto año, me impedían que siguiera la investigación. Pero aproveché revisando los fondos de la Biblioteca Nacional o de otras bibliotecas, por ejemplo, de la Biblioteca de Santa Geneveva y del Instituto de Francia. Al Colegio de Francia asistía para las conferencias. Ahí me tocó ser alumno de Lucien Febvre y Marcel Bataillon.

P. ¿Qué otros trabajos le ocuparon en aquellos años?

R. Investigué ampliamente las relaciones franco-mexicanas en el siglo XIX, desde 1830, en que Francia reconoció nuestra independencia y firmó los primeros acuerdos comerciales en 1831 y 1832.

P. ¿Cómo se materializaron esas investigaciones documentales?

R. Cuando había ya adelantado mucho en mi trabajo y catalogado muchos fondos, advertí la necesidad de microfilmear todo ese material. Entonces escribí a Don Alfonso Reyes, que era Presidente de El Colegio. Él me comunicó que se iba a ocupar del asunto, y así lo hizo. Logró ponerse en contacto con Lewis Hanke, que era Director de la Biblioteca del Congreso de Washington. Hanke apoyó con muy buen sentir que obtuviéramos el microfilm, con la condición de que les diéramos una copia para la Biblioteca del Congreso. Así

16. *Las fuentes francesas para la Historia de México y la Guerra de Intervención*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México 1962, 124 p.

Claudia Márquez Pemartín

pude obtener realmente —ellos pagaban la microfilmación— una gran cantidad de documentos que traje luego a México. Como era un trabajo encargado por El Colegio de México lo deposité allí y allí deben seguir.

Después, cuando regresé a México, me puse a organizar y a revisar los fondos del Ministerio de Relaciones Exteriores, y publiqué un primer volumen de correspondencia diplomática franco-mexicana¹⁷.

P. ¿De sus maestros parisinos, recuerda a alguno en especial?

R. Me acuerdo de gente muy notable, como Ernest Labrousse, que trabajaba en Historia Económica. Además conocí a Fernand Braudel, y me inscribí en su seminario. También estuve trabajando con Pierre Renouvin —que era especialista en Historia Diplomática— asunto que me competía.

De muchos de esos maestros admiré su talento, su gran disciplina, su notable inteligencia, su conocimiento de la Historia Universal. Cada uno en su especialidad: si Bataillon hablaba principalmente del Humanismo español y del Humanismo francés y de las influencias de las mentalidades europeas en las hispanoamericanas, Robert Ricard se dedicaba mucho más a la Historia de las Letras, a la Historia de la espiritualidad, a la Historia de lo que podríamos decir la antropología cultural. Recuerdo muy bien los cursos de Ricard sobre Sor Juana Inés de la Cruz y sobre el Padre Antonio Vieira, evangelizador del Brasil. Como había permanecido largo tiempo en África, Ricard tenía una experiencia muy directa y amplia de la cultura islámica. Y eso resultaba realmente muy interesante.

También recuerdo otros cursos, como los del sociólogo de la religión Gabriel Le Bras; o las sesiones que dirigía el Dr. Paul Ribet, en el Museo del Hombre. También frecuenté las explicaciones de Claude Lévi-Strauss, eminente etnólogo, pionero en el estudio estructuralista de las sociedades primitivas.

El grupo de historiadores parisinos era uno de los más brillantes en Europa, y su influencia, notable. Justamente en esos años, precisamente en 1946, la revista «Les Annales d'histoire économique et sociale», fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch, había cambiado su nombre por «Les Annales. Économies. Sociétés. Civilisations», adquiriendo un renombre verdaderamente universal bajo la dirección de Febvre. (Bloch había muerto durante la Guerra Mundial, asesinado por los nazis). Asistí también a la ascensión imparable de Fernand Braudel, quien, después de la muerte de Febvre, en 1956, asumiría la dirección de «Les Annales» y cambiaría la impronta economicista de la revista por una orientación cada vez más inclinada a la Historia cultural y social. También estaba allí Charles Morase, pero él se dedicaba más bien a la Teoría Política y a la Filosofía, que a la Historia.

P. ¿Llegó a conocer a Étienne Gilson?

R. Le oí alguna conferencia en El Colegio de Francia, pero nada más. Recuerdo ahora que también asistí al ingreso de Braudel y de Lévi-Strauss en El Colegio de Francia.

17. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *La Correspondencia Diplomática Franco-Mexicana, 1808-1839*, El Colegio de México, México 1958, 424 p.

P. ¿La historiografía francesa se concentraba en La Sorbona?

R. De ninguna manera. Había una infinidad de instituciones interesadas por las cuestiones historiográficas, unas ligadas a la Universidad, otras independientes. Recuerdo que, aparte de La Sorbona, en donde explicaba Ricard, y de El Colegio de Francia, del que ya he hablado, era muy notable el claustro académico de la Escuela Normal Superior.

P. Su estancia en París, ¿en qué medida influyó en su personalidad y en su trabajo académico?

R. Despertó en mí muchas inquietudes. Como antes en la Ciudad de México, donde residía en una zona en la que tenía muy a mano las principales instituciones culturales, en París me ocurrió lo mismo, y de esta forma aumentó mi caudal de conocimientos y mi sensibilidad cultural. Las visitas al Museo del Louvre, al Museo Rodin, al Museo del Hombre... En el Trocadero teníamos muchas cosas que ver... El Museo de Monumentos, el Museo de la Marina... ¡Infinidad cosas!

P. ¿Puede hablarnos un poco de la tutoría del Dr. Ribet respecto a los latinoamericanos residentes en París?

R. El Dr. Ribet, que había vivido muchos años en México, tenía una gran simpatía hacia los mexicanos y, en general, hacia los latinoamericanos. Un día a la semana —era los domingos— recibía en su casa. Vivía en el Museo del Hombre, en la parte superior. Su casa se convertía en una tertulia muy importante puesto que iban muchos latinoamericanos. Su esposa, ecuatoriana, era mujer hermosísima, cordial y simpática. Realmente todos los hispanoamericanos nos encontrábamos muy cómodos en las sesiones domingueras de Ribet, como en un oasis. Además nos impulsaba a estrechar nuestras amistades, y facilitaba el conocimiento de gentes que trabajaban en campos más o menos paralelos. Esos encuentros fueron muy fructíferos.

P. Veo que su copioso trabajo en los archivos no le permitió cultivar muchas amistades...

R. Tuve la suerte —realmente la suerte me ha acompañado en muchos momentos de la vida— de conocer en los archivos parisinos a un cuerpo de archivistas que me facilitaron enormemente el trabajo y que además fueron amigos cordialísimos. Algunos de ellos me ayudaron incluso permitiéndome ampliar mi jornada de trabajo. Ellos me orientaron para que pudiera conocer una serie de lugares cercanos a París. Aprovechábamos los domingos para conocer el origen del gótico, o dónde terminaba el románico. Íbamos a ver cualquier retablo notable. Realmente pude adentrarme en la historia y la cultura francesas, lo cual me ha servido posteriormente muchísimo. Pienso que, sin la ayuda y la amistosa cordialidad de ese cuerpo de archiveros, me habría mantenido un poco aislado. Me identifiqué mucho con la gente de Francia, y mi impresión final de mi estadía parisina es muy positiva.

P. Usted regresó a México, con su flamante investigación...

R. Regresé a México en 1952. Como ya he contado, había tenido que separarme de mi mujer Esperanza, porque amenazaba otra guerra. Nos pareció más prudente que ella re-

gresara con el niño y yo me quedé en París todavía dos años. Cuando volví me incorporé a El Colegio de México para algunas conferencias y para concluir el trabajo que se me había encomendado: revisar la enorme documentación que había consultado en Francia.

P. ¿Es decir que El Colegio no fue su ocupación principal?

R. En El Colegio de México pude publicar un volumen grueso basándome en los trabajos de catalogación que había llevado a cabo en Francia. Ya he hablado anteriormente de este libro, que apareció en 1958. Pero mi trabajo principal se dirigió en otra dirección. Ingresé en el Archivo Histórico de Hacienda del que fui director varios años, y luego entré como subdirector en el Archivo General de la Nación. Además, me incorporé, por acción de Don Alfonso Caso, al magisterio universitario. Me llamó a colaborar con él en la Universidad. Fui maestro de la preparatoria y, a los dos años, pasé a la Facultad de Filosofía y Letras, a enseñar Historia de México. Di varios cursos Historiografía, Historia de México, principalmente sobre la Guerra de Independencia. Posteriormente derivé hacia la historia del siglo XVIII.

P. Su *Historia de México*¹⁸, ¿es acaso resultado de esos cursos?

R. No, eso vino después; pero esas clases me sirvieron de base. Cuando me incorporé a la Facultad de Filosofía y Letras estaba de Director Samuel Ramos. Comencé, como ya he dicho, explicando Historia de México, centrándome en distintas épocas, según los cursos. Más tarde me tocó inaugurar, en la Facultad de Filosofía y Letras, el curso de metodología histórica. Esta materia se comenzó a impartir en la Sección de Historia, de la cual eran directores Pablo Martínez del Río y Rafael García Granado. Empecé a enseñar técnicas de investigación, y de esa enseñanza salió, en 1981, mi libro sobre metodología de la investigación, del cual se han publicado ya numerosas ediciones¹⁹.

P. De sus cursos sobre la historia de México, ¿ qué ha quedado recogido?

R. Han surgido algunos libros. Concretamente, de la enseñanza sobre la Guerra de Independencia salieron varias obras y numerosos artículos²⁰. Me di cuenta de la necesidad de crear esos instrumentos para la enseñanza. Tal vez impulsado por mis maestros y tal vez por haber captado el problema, he dedicado mucho tiempo a producir instrumentos para la enseñanza. Además de mi *Historia de México*, ya citada, mis *Lecturas históricas mexicanas*²¹. En este último libro se refleja parte de lo que aprendí en Europa.

18. Ernesto DE LA TORRE VILLAR-Ramiro NAVARRO DE ANDA, *Historia de México*, McGraw Hill, México 1988, 2 vols.

19. Ernesto DE LA TORRE VILLAR-Ramiro NAVARRO DE ANDA, *Metodología de la investigación bibliográfica, archivística y documental*, McGraw Hill, México 1988, 298 p.

20. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Historia Documental de México*, tomo I: *Los siglos XVI y XVII*, tomo II: *La Independencia*, UNAM, México 1964; *La Constitución de Apatzingan y los creadores del Estado Mexicano*, UNAM, México 1965, ²1979, 457 p.; *La Independencia mexicana*, Secretaría de Educación Pública, Ochentas, México 1982, 3 vols.

21. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Lecturas históricas mexicanas*, Empresas Editoriales, México 1965, 5 vols. (reedición de la UNAM, México ²1975).

En efecto; residiendo en París conocí a Aurelio Viñas, que trabajaba en la Casa de España. Viñas había colaborado con Claudio Sánchez Albornoz en la preparación de unas *Lecturas históricas españolas*. Yo tomé ese proyecto como base y pensé hacer un solo volumen, muy apretado, con lecturas históricas mexicanas y me puse manos a la obra. Mi propósito era escribir un libro de unas 250 ó 300 páginas. Pero Martín Luis Guzmán, novelista y gran editor mexicano, que examinó mi manuscrito, me impulsó a ampliarlo. Él se entusiasmó con la idea de las lecturas históricas y me dijo: «No suprimas nada, voy a publicar todo esto como está. No importa los tomos que salgan...». Y salieron cinco volúmenes. Fue una edición que tuvo mucho éxito... Se ha reeditado y ha vuelto a agotarse. Así, que es un libro que ha corrido con suerte.

P. Sus estudios historiográficos y de archivo le llevaron a la Biblioteca Nacional. ¿Cuéntenos algo de su participación en la organización de los fondos antiguos de la Biblioteca Nacional de México?

R. Después de haber trabajado varios años en los archivos, compaginando esto con mi actividad académica, principalmente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, fui llamado a dirigir la Biblioteca Nacional de México. La Biblioteca Nacional es el depósito bibliográfico más importante —creo yo— de toda América en el campo de la cultura española.

P. ¿Dónde estaba entonces ubicada?

R. En la antigua Iglesia de San Agustín. Ocupábamos el local del convento de San Agustín que había sufrido graves deterioros por los terremotos y que, a fin de cuentas, había sido muy bien rehabilitado. Me tocó emprender una labor de reorganización, clasificación y catalogación de los fondos. Tuve que ocuparme de los fondos antiguos, en lo que también es riquísima esa institución, y de idear un vasto programa para cumplir con todas las obligaciones que una Biblioteca Nacional lleva implícitas, de acuerdo con los compromisos internacionales. Estábamos en 1965.

P. ¿En qué consistía principalmente su labor?

R. Como ya le he dicho, consistía principalmente en organizar la catalogación de los ricos fondos, según programas modernos, sin interrumpir el servicio al público, que ya era muy numeroso, puesto que se trataba de la Biblioteca más importante. Al poco tiempo comenzó a ser la biblioteca más concurrida, más nutrida; y teníamos un servicio que rebasaba las funciones de una Biblioteca Nacional. Realmente hacíamos —por necesidad— las funciones de biblioteca pública, abierta a toda clase de personas y además con horarios muy amplios, desde las 8:00 de la mañana hasta las 10:00 de la noche, sábados y domingos también. O sea que realmente cumplíamos ampliamente con la labor pensada por sus fundadores.

P. Usted, como Director de la Biblioteca Nacional, ¿qué objetivos prioritarios señaló en esa nueva etapa?

R. Había que preparar un programa para catalogar bien los fondos antiguos. Teníamos que inventariar los incunables de la Biblioteca Nacional, lo cual se hizo. Para ello se comisionó a Jesús Yhmoff, un magnífico empleado, que después produjo otros catálogos

estupendos de la Biblioteca²². Se pensó también en catalogar los fondos de manuscritos de la propia institución, trabajando parejamente tanto en los fondos del Archivo Franciscano, como en archivos más modernos, como el Archivo de Juárez. Iban saliendo trabajos impresos, y luego secciones muy importantes de la Biblioteca, como el Fondo Lafragua, muy rico en producción histórica y política de México, cuya catalogación comenzó entonces. Afortunadamente apareció en aquellos años un magnífico volumen preparado por Lucina Moreno Valle y luego se han editado otros más, que completan la descripción de esa colección²³.

También se hizo el catálogo-inventario del Archivo de Juárez. Se catalogaron otros fondos documentales de manuscritos que eran importantes y se inició un amplio inventario de los fondos europeos del siglo XVI, existentes en la Biblioteca Nacional. Acaban de aparecer hace muy poco tres volúmenes que dejó listos para imprenta Jesús Yhmoff, antes de morir²⁴.

P. Por esta época se inició también la publicación de la serie «Bibliografía Mexicana»...

R. Impulsamos la publicación de «Bibliografía Mexicana» para dar noticia de las novedades editoriales. No era propiamente una revista, sino unos volúmenes grandes, que constituían una serie. En esto nos ayudó mucho José Ignacio Mantecón, que se encargaron de esa labor. Se trataba de unos fascículos mensuales que registraban la bibliografía corriente, como le llaman los bibliotecarios. Luego empezamos a publicar una serie de libros muy diversos²⁵. Toda una labor editorial muy noble, que fue creciendo.

P. ¿Qué otras responsabilidades le correspondían como director de la Biblioteca Nacional?

R. Yo estuve en la Biblioteca Nacional trece años impulsando el uso y crecimiento de la Biblioteca. Nuestro público mayoritario procedía de la capital. Promovíamos la asistencia del público. Los atraíamos con conciertos que se daban en la Biblioteca, con confe-

22. Jesús YHMOFF CABRERA, *Los impresos mexicanos del siglo XVI en la Biblioteca Nacional de México*, Dirección General de Publicaciones UNAM, México 1990, 260 p.; y *Los impresos universitarios novohispanos del siglo XVI*, facsímiles de 44 hojas impresas, textos de introducción por Francisco de la Maza y Jesús Yhmoff Cabrera, Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, México 1993, 400 copias impresas.

23. Lucina MORENO VALLE, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México 1821-1853*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, México 1975, 1202 p.; y Lucina MORENO VALLE-Rocío MEZA OLIVER-Luis OLVERA LÓPEZ, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México 1800-1810*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, México 1993, 473 p.

24. Jesús YHMOFF CABRERA, *Catálogo de los impresos europeos del siglo XVI que custodia la Biblioteca Nacional de México*, UNAM, México 1996, 3 vols.

25. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Breve historia del libro en México*, Coordinación de Humanidades (Biblioteca del Editor) de la UNAM, México 1990, 215 p.; y *Elogio y defensa del libro*, Coordinación de Humanidades de la UNAM (Suplemento del «Boletín de Investigaciones Bibliográficas» 3 [México 1977]).

rencias, con exposiciones, con mesas redondas, de tal manera que la Biblioteca se llegó a convertir en un gran centro de difusión cultural y principalmente bibliográfica. Montamos varias exposiciones... Me acuerdo, por ejemplo, de una sobre las ediciones ilustradas de la Biblia que teníamos, con ejemplares preciosos. Otra exposición fue sobre Vasco de Quiroga; otra sobre las colecciones relativas al Oriente (Filipinas, China, Japón y Corea), pues teníamos una colección muy valiosa. Yo mismo adquirí para la Biblioteca tres o cuatro colecciones de antiguos filipinos que tenían colecciones magníficas y todo eso quedó en la Biblioteca. Así que realmente hacíamos una labor de difusión cultural y de organización institucional.

Cuando ya no cupimos en ese edificio, porque el público iba creciendo y el número de volúmenes también, y no había dónde ponerlos, me tocó elaborar el proyecto de un nuevo edificio, que se llevó a cabo con posterioridad a mi salida, en la Ciudad Universitaria.

A la Ciudad Universitaria se trasladaron todos los fondos. Los directores posteriores, unos han proseguido con esos planes que teníamos, otros han iniciado proyectos distintos. En fin... la vida de la Biblioteca Nacional es como la de toda institución: sigue su marcha... Creo sinceramente que logramos crear todo un cuerpo de investigadores y todo un espíritu de renovación dentro de este vastísimo repertorio bibliográfico que tenemos en México.

P. ¿Qué otros frutos recuerda de su paso por la Biblioteca Nacional?

R. Se despertó mucho interés en fomentar el trabajo bibliográfico, el trabajo técnico para el cual contamos con magníficos colaboradores, que elaboraban las normas que ahora tanto manejan los bibliotecarios y que era obligación de la Biblioteca Nacional formularlos.

P. Pasemos ahora a los Institutos de Investigación de la UNAM. ¿Puede relatarnos algo que usted haya vivido?

R. En ese período, habiéndose reorganizado la Universidad, se pensó que muchos organismos, que tenían funciones de amplia cultura, pero llevaban designaciones diferentes, como Observatorio Astronómico, Instituto de Biología, Museo Botánico, Biblioteca Nacional..., debían homogeneizarse. Por ello, durante el gobierno del Ing. Barros Sierra se uniformaron esas instituciones, que de suyo eran muy disímiles, y se dio a todas la categoría de Institutos. Se creó así el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, al cual quedaron adscritas tanto la Biblioteca Nacional, con todos sus fondos, como la Hemeroteca Nacional.

P. ¿Publicaron alguna revista?

R. La Biblioteca Nacional publicaba, desde hacía tiempo, su «Boletín de la Biblioteca Nacional». Lo mejoramos, lo transformamos y creamos el «Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas», que salía una vez al año con un sumario generalmente dedicada a bibliografía, artículos literarios, bibliográficos, historico-bibliográficos. Publicamos una infinidad de bibliografías en aquellos años, desde bibliografías sobre Ciencias Naturales hasta temas distintos, temas humanísticos.

P. Hace muchos años que estudia usted el guadalupanismo. ¿cuándo empieza y cómo empezó el interés por estos temas?

R. Debo pensar que eso es un interés común a todos los mexicanos. Todos tenemos un cierto llamado al guadalupanismo. Antes de entrar a la Biblioteca Nacional, cuando me dedicaba casi completamente a la archivística, detecté una buena cantidad de documentos que se referían al tema. Nunca había pensado en dedicarme a historiar el origen de las apariciones y el desarrollo de este culto, ni cosas así. Pero fui encontrando, aquí y allá, a lo largo del tiempo, documentos que me han permitido luego trabajar en ese sentido. Por ejemplo, cuando estuve en el Archivo de Hacienda hallé una serie de cartas de los guadalupes, ese grupo que era como una quinta columna en la Guerra de Independencia. Y ese material me sirvió después para proyectar y publicar un par de libros²⁶.

También me interesaron en esos años ciertas colecciones que tenía el Archivo General de la Nación y luego la Biblioteca y luego particulares, que eran sermones guadalupanos. Algunos eclesiásticos, entre ellos el P. García Gutiérrez y el P. Castillo y Piña, poseían unas colecciones extraordinarias de sermones en torno a la Virgen de Guadalupe o a la Virgen de los Remedios. Desgraciadamente buena parte de estos fondos se han perdido, si no tendríamos un acervo muy importante.

Después, trabajando en catalogación de la Biblioteca Nacional, o revisando las grandes colecciones de sermonarios que poseemos, encontré una cantidad inmensa de material guadalupano. Y me empezaron a interesar algunas piezas. Comprobé que ese culto mariano estaba muy arraigado, y desde muy antiguo, y que había contribuido a formar la mentalidad de la sociedad mexicana, y que era tal vez la raíz religiosa más fuerte que el pueblo tenía.

Más tarde, trabajando en colaboración con el Fondo de Cultura Económica, del cual era director José Luis Martínez, se nos ocurrió a los dos que sería importante recoger la mayor parte de testimonios históricos relativos a la Virgen de Guadalupe y a Hernán Cortés.

Yo iba a disfrutar en ese momento de un año sabático. Me había desprendido ya de la dirección de la Biblioteca Nacional, después de mis dos periodos más otros años en exceso, y pensé que podría tener la oportunidad de encontrar en repositorios que estaban en el exterior, preferentemente en Estados Unidos, muchas piezas guadalupanas de las que carecíamos aquí. De este modo pude localizar en distintas bibliotecas de allá, muchas piezas y copiarlas. Y de todo ese conjunto, más otras cosas que hubo que completar, salió mi recopilación de testimonios históricos guadalupanos, donde se recoge lo más importante en torno al guadalupanismo desde los inicios hasta nuestros días²⁷. Quise que mi recopilación del guadalupanismo apareciera completa, tanto aquello que había sido escrito en favor del culto guadalupano y de las apariciones, como algunas cosas antiaparicionistas, generalmente muy cortas y, cosa curiosa, procedentes generalmente de religiosos, de gente de Iglesia.

26. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Los Guadalupes*, «Revista Jus» (México 1967); y *Los Guadalupes y la Independencia de México. Nuevas adiciones*, Editorial Porrúa, México 1986, 138 p.

27. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Testimonios Históricos Guadalupanos*, Fondo de Cultura Económica, México 1982, 1.468 p.

El libro ha reunido esos testimonios y ha corrido con suerte. Se acabó la edición del libro. Después me he dedicado a publicar otras cosas en varios álbumes; con motivo de la coronación de la Virgen²⁸.

P. También se ha dedicado usted a la época de los ilustrados mexicanos, tanto en la primera como en la segunda generación, es decir primera y segunda mitad del XVIII.

R. Realmente estando uno rodeado de ese arsenal tan extraordinario y tan rico, como son las colecciones de la Biblioteca Nacional, me di cuenta de que había muchos renglones que trabajar, mucho campo que roturar, como lo sigue habiendo el día de hoy, y por ello fui seleccionando ciertos temas que me parecieran importantes.

P. ¿Nos puede ilustrar un poco sobre estos campos novedosos?

R. Por ejemplo, la generación de la primera mitad del siglo XVIII, unida, a su vez, con las generaciones de intelectuales nacionalistas de la segunda mitad del siglo XVII. No existe solución de continuidad entre esas dos generaciones. Además, la Biblioteca Nacional poseía buena parte de su documentación y muchos libros que ellos no lograron imprimir. Y me pareció de justicia editarlos, con estudios que los pusieran al día. Y así salió la idea de publicar la *Biblioteca Mexicana*, de Juan José Eguiara y Eguren²⁹, que va a constituir una serie de cinco tomos o más. Evidentemente es una obra fundamental para el estudio de la cultura nacional.

P. ¿Qué relieve tiene esta obra?

R. Para mí tiene dos aspectos importantes. En primer lugar, es un gran catálogo de los hombres que realizaron una labor cultural en México desde el siglo XVI hasta 1750, fecha en que más o menos termina la actividad editorial de Eguiara, que falleció en 1763; y, en segundo lugar, ofrece una explicación acerca de la identidad y la condición de la cultura mexicana³⁰. En definitiva, expresa el sentido nacionalista de nuestra cultura. Lamentablemente, vamos con retraso en la publicación del último tomo. Hemos tenido que hacer la versión del latín al español, preparar índices y semblanzas, escribir notas interpretativas y buscar documentación aneja.

P. De especial valor es la larguísima introducción general que usted ha redactado...

R. Eguiara y Eguren estaba realmente olvidado. Don Alfonso Reyes pidió a Don Agustín Millares Carlo una versión de los prólogos a la *Biblioteca Mexicana*³¹ y eso le permi-

28. Ernesto DE LA TORRE VILLAR (coord.), *Álbum Conmemorativo del 450 aniversario de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe*, Ediciones Buena Nueva, México 1981, 304 p. La colaboración del Pro. de la Torre Villar en pp. 225-267.

29. Juan José EGUIARA Y EGUREN, *Biblioteca Mexicana*, edición preparada por Ernesto de la Torre Villar, UNAM, México 1986ss., 5 vols.

30. Ernesto DE LA TORRE VILLAR (coord.), *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana*, Coordinación de Humanidades de la UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana, 107), México 1993, 176 p.

31. Juan José EGUIARA Y EGUREN, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, nota preliminar por Federico Gómez de Orozco, traducción española anotada con estudio bibliográfico y la biografía del autor por Agustín Millares Carlo, Fondo de Cultura Económica, México ²1984, 303 p.

tió conocer mejor a Eguiara y, como consecuencia, preparar posteriormente unos estudios muy meritorios sobre este destacado clérigo y notable profesor de la Real y Pontificia Universidad de México y rector de la misma en 1749, que cubre toda la primera mitad del siglo XVIII³².

Pero había que continuar esa línea de investigación, había que dar a conocer su vida, su obra³³, relacionarlo con su familia, que era una familia fundamentalmente levítica: la mayor parte ingresó al estado eclesiástico. Los Eguiara estaban relacionados con un grupo de vascos que habían emprendido obras muy importantes en beneficio de la cultura y de la educación mexicana, y que se habían agrupado en la Cofradía de Aránzazu, de la que Eguiara fue rector. Sobre esta cofradía ha escrito un magnífica monografía la Dra. Luque³⁴ y no es necesario que yo me extienda más. Entre las iniciativas de esos cofrades vascos se cuenta la creación del Colegio de las Vizcaínas, para estudiantes pobres. Me pareció, pues, muy importante trabajar sobre ese grupo.

Al tiempo que trabajaba sobre Don Juan José Eguiara, aparecían colegas y amigos de gran talla, como Cayetano Cabrera, Andrés Arzey Miranda y otros más. De este modo he llegado al convencimiento de que este grupo de mexicanos ya tenían muy claro, a la mitad del siglo XVIII, el sentimiento de la nacionalidad y pensaban que México se apoyaba sobre dos pilares: uno espiritual y otro intelectual. Y ese grupo también tenía una fuerte raíz guadalupana. Todo confluye... Casi me parece que he sido llevado de la mano.

P. Usted ha estudiado muy a fondo la saga de los León Pinelo...

R. En efecto. Fui poco a poco descubriendo las grandes familias del XVII y XVIII. Me topé con los León Pinelo, una familia de humanistas españoles, de origen hebreo. El padre del clan, Don Diego López de León, también conocido como Diego López de Lisboa, judío converso portugués, tuvo que salir de Portugal y de España, huyendo de la Inquisición, y llegó a Córdoba, en Argentina. Tuvo tres hijos y una hija. Después de enviudar, se hizo clérigo y terminó sus días en Lima. Los tres hijos varones estudiaron en la Universidad de San Marcos de Lima. El Mayor, Juan Rodríguez de León Pinelo, fue clérigo, y después de regresar a España, pasó a México y se estableció en Puebla en 1633. Allí colaboró con el obispo Juan de Palafox, hasta 1644, en que falleció. He publicado un libro sobre este canónigo poblano³⁵, que procuró mucho el buen tratamiento de los indios y trabajó para que se terminase la catedral de Puebla, cuyas obras estaban detenidas, hasta que las reanudó Palafox. Su hermano segundo,

32. Agustín MILLARES CARLO, *Don Juan José Eguiara y Eguren, 1696-1763 y su Bibliotheca Mexicana*, UNAM, México 1957, 187 p.; y *Don Juan José Eguiara y Eguren y su Bibliotheca Mexicana*, Universidad de Zulia, Maracaibo 1963, 163 p.

33. El Prof. Ernesto de la Torre ha procurado contribuir, con varios artículos de alta divulgación, a la recuperación de su memoria: *Juan José de Eguiara y Eguren, hombre de Iglesia y gran bibliófilo americano*, en «Hispania Sacra» 41 (1989) 491-527; *Fray Juan de Zumárraga y Juan José de Eguiara y Eguren. Una raza, dos hombres, una acción común*, en «Historia Mexicana» 40/3 (1991) 453-462; *José de Eguiara y Eguren, teólogo novohispano*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 1 (1992) 325-347.

34. Elisa LUQUE ALCAIDE, *La Cofradía de Aránzazu en México (1681-1799)*, Eunat, Pamplona 1995, 406 p.

35. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *El humanista Juan Rodríguez de León Pinelo*, «Novohispania» (Anejos de Novohispania 2), UNAM, México 1996, 298 p.

Antonio de León Pinelo, fue un excelente jurista. También regresó a España y llegó al Consejo de Indias. Es muy conocido por la *Recopilación* de las Leyes de Indias que preparó, y fue un excelente colaborador de Juan de Palafox, cuando éste todavía no había pasado a América. (La *Recopilación* de Pinelo, perdida durante siglos, ha sido descubierta recientemente por el Prof. Sánchez Bella y editada por él³⁶). El tercero de los hermanos, Diego de León Pinelo, casó en Lima, tuvo tres hijos y llegó a catedrático de Cánones de la Universidad de San Marcos y fue Rector de esa Universidad (1656-1657). Tuvo una vida muy activa y presentó uno de los pareceres más importantes sobre el trabajo de los indios, que yo he editado³⁷.

Después, estudiando el desarrollo cultural del siglo XVIII, me entusiasmó mucho la figura de José Pérez Calama, un clérigo español que vino a México a finales de ese siglo con el obispo ilustrado Fabián y Fuero, y que influyó mucho en la renovación de la Teología y la Filosofía. Creó un centro de humanidades en Puebla. Luego fue promovido a canónigo de Morelia. Y ahí también desarrolló una obra de carácter cultural importante, pero a la vez de tipo social. Cuando había hambrunas, cuando había pestes, cuando había calamidades, él apoyaba y trabajaba directamente, daba recursos... Y escribió varios libros en los que habla de promover una política cristiana, como él llama a ese sentido de laborar en pro de las clases más solicitadas³⁸.

P. Háblenos un poco más, si le parece, de este libro sobre Pérez Calama.

R. Me empecé a interesar por Pérez Calama cuando expliqué mi curso sobre la Guerra de Independencia. Pérez Calama estuvo relacionado con el Cura Hidalgo. Él abrió un concurso entre los seminaristas de Michoacán sobre la renovación de la Teología y de la Filosofía. Ganó este concurso Don Miguel Hidalgo, siendo todavía estudiante en el Colegio de San Nicolás. Posteriormente, con el paso del tiempo, encontré muchas cosas más... Por ejemplo, en un viaje a España pude averiguar dónde había nacido y hallar nueva información. Y luego, en distintas partes donde he estado, hallé obras suyas, retratos suyos, menciones... Para mí este libro constituye una prueba de que es preciso perseverar en algún tema, que al fin siempre sale una buena investigación. He hecho el recuento y he dedicado como treinta años a perseguir a Pérez Calama, hasta que al fin he podido decir: «Helo aquí». Pero, nada más presentarlo, he descubierto nuevos testimonios, que serán motivo para un nuevo artículo.

Estoy convencido de que la historia mexicana posee una cantidad enorme de personajes muy valiosos y una de las misiones del historiador es ponerlos de relieve, hacerlos aparecer como constructores de una cultura, de una mentalidad, de una idiosincrasia, de una forma de ser.

36. Ismael SÁNCHEZ BELLA (ed.), *Antonio de León Pinelo: Recopilación de Indias*, Escuela Libre de Derecho (UNAM)-Porrúa, México 1992, 3 vols.

37. Ernesto DE LA TORRE VILLAR (ed.), *Los pareceres sobre la enseñanza y buen tratamiento de los indios de Juan Padilla y Diego de León Pinelo*, UNAM (Instituto de Investigaciones Bibliográficas), México 1979.

38. José PÉREZ CALAMA, *Política Christiana*, introducción de Ernesto de la Torre Villar, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (Morelia), México 1993, 405 p.; y *Testimonios y escritos de José Pérez Calama*, UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana 127), México 1997, 163 p.

P. Un programa, como el que usted propone, requiere una dosis notable de sacrificio y de perseverancia...

R. Evidentemente. Los trabajos de larga maduración deben ser a veces pospuestos, porque otros urgen mucho más. Y, por ello mismo, se retrasan y se retrasan, y se corre el riesgo de no acabarlos nunca. Por ejemplo: desde hace muchos años, quizá más de veinte, elaboro un estudio sobre el proceso de congregación de pueblos indios, por parte de la corona española. Con estas congregaciones, las autoridades pretendían una mayor sujeción política y económica, y una formación religiosa mejor. He trabajado muchísimo. He recopilado una gran cantidad de material jurídico y doctrinal; conozco las características de los personajes, la organización administrativa que se creó para llevar a cabo esas congregaciones y los resultados de tal proceso. Hace unos dos años logré publicar una parte, que yo llamé «parte terminal», pues presenta el término del proceso, que es lo que tenía más a la mano; pero toda la parte primera la tengo sin ultimar. De ahí mi urgencia y mi ansia de poder dedicar algún tiempo a concluir las investigaciones que están iniciadas, porque si no, se corre el riesgo de no acabarlas nunca.

P. ¿A qué se debe su amor a la Ciudad de Puebla de los Ángeles?

R. Mi amor por Puebla es un amor dividido: a Michoacán y a Puebla. Mi familia es del Estado de Puebla, de la Sierra. De allí provienen mis tatarabuelos, mis abuelos y también mis padres. Aunque mis padres vivían en México, accidentalmente nací allá. Era el tiempo de la Revolución y mi padre consideró más prudente que yo fuera a nacer con la familia, que no estar en la Capital sometido a los azares de la contienda, que era muy penosa en aquellos años. En Talatlauqui vivían los abuelos, los tíos, los primos... Íbamos allí varias veces al año, y allí pasábamos las vacaciones. Es una zona muy remota de la capital poblana. De todas formas, yo nunca he vivido en Puebla. He estado muchas veces allí, investigando y estudiando la cultura colonial, y me he dado cuenta de que el Estado de Puebla, tal vez por la vecindad con la capital, por las condiciones especiales en que se formó, porque no padeció todas las calamidades (inundaciones y pestes) que la ciudad de México tuvo, creció mucho y alcanzó un desarrollo cultural muy importante. Por ello pensé que sería bueno estudiarla; y así surgió uno de mis trabajos sobre el desarrollo de la educación en Puebla³⁹. Y justamente al historiar la creación de colegios e instituciones, prendió mi interés por el Venerable Juan de Palafox y Mendoza, que fue un gran promotor de tales instituciones. Luego he ahondado, con trabajos específicos sobre la Biblioteca Palafoxiana⁴⁰; y últimamente he revisado las obras de Palafox y he procurado enterarme mejor de su vida, de su gran personalidad. Realmente este obispo de Puebla, también arzobispo de México, y virrey y visitador de Nueva España, fue uno de los gobernantes más excepcionales que tuvo América en el siglo XVII, y un jurista y escritor místico de primera.

39. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Notas para una historia de la instrucción pública en Puebla de los Ángeles*, El Colegio de México, México 1955; e *Historia de la educación en Puebla*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla 1988, 148 p.

40. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *La Biblioteca Palafoxiana de Puebla*, UNAM (Biblioteca Nacional), México 1957.

P. ¿Cuál fue la labor de Palafox en México?

R. Su administración civil fue corta; apenas duró un año. La eclesiástica, en cambio, duró más, como diez años (1639-1649). Era un hombre con una preparación notable y de una integridad fuera de lo común. Palafox siempre estuvo al servicio de la corona y abocado a la política. Así había actuado en España, en misiones de mucha confianza: acompañó a la Princesa María de Austria, hermana del Rey, en su viaje a Hungría; colaboró con el Consejo de Indias... Pienso que su designación como obispo de Puebla fue cosa muy meditada. La corona colocaba en nuestro país a un personaje de un valor político tan notable, para que pudiera mediar y organizarlo, pues México se hallaba entonces en una situación muy difícil. Fue enviado a la Mitra de Puebla, porque era la segunda de Nueva España, después de la de México, y por estar ocupada ésta última. Desde Puebla podía seguir muy de cerca la vida política de la capital del virreinato y mantener un cierto control. Es curioso que después de una serie de extraños incidentes ocurridos en México, se le haya nombrado virrey de la Nueva España, siendo al mismo tiempo obispo de Puebla.

P. Además de su misión de mediar y organizar la vida administrativa y política, ¿tenía Palafox algún otro cometido?

R. Yo pienso que la política española pretendía disminuir el poder de las Órdenes religiosas, secularizando su función⁴¹, y, además, estaba muy interesada en obtener cada vez mayores fuentes de financiación, exigidas por las terribles guerras de religión que asolaban Europa, y en las que España estaba comprometida de lleno. La corona deseaba apropiarse de los recursos que obtenían las Órdenes religiosas. La política de secularización ya había empezado en el siglo XVI, pero en el siglo XVII Palafox realizó, por indicación del Conde-Duque de Olivares, una campaña de secularización de las parroquias muy notable. Yo creo que este fue el origen de su famosa polémica con los jesuitas. Palafox intentaba restar a la Compañía algo de las atribuciones pastorales que ella tenía y hacerse con parte de la fuerza económica que iba adquiriendo. En ese momento pudo más la Compañía que las intenciones de la Monarquía. Las presiones eclesiásticas de los franciscanos, y muy principalmente de los jesuitas, fueron tan violentas, que obligaron al gobierno español a recular, usando esa expresión tan gráfica. La corona hubo de retroceder, dejando caer bonitamente a Palafox⁴².

P. ¿Cómo describiría usted a Palafox?

R. No cabe duda de que fue, como ya lo han mostrado muchos de sus biógrafos, un personaje con características extraordinarias: un gran político, un gran hombre de Iglesia, un hombre muy probo, muy honesto, un gran intelectual, un magnífico escritor, estupendo poe-

41. La corona española buscaba traspasar la actividad pastoral de las Órdenes religiosas al clero secular, fomentando la institucionalización (diocesanización) de la vida eclesiástica y su control por parte de los obispos, al tiempo que deseaba confiar a las Órdenes la evangelización de las zonas de frontera. Esta tendencia se agudizó extraordinariamente a lo largo del siglo XVIII, con el cambio de dinastía real.

42. Ernesto DE LA TORRE VILLAR, *Los bibliógrafos de Juan de Palafox y Mendoza*, UNAM (Instituto de Investigaciones Bibliográficas), México 1995; y, más recientemente: *Juan de Palafox y Mendoza, pensador político*, UNAM (Instituto de Investigaciones Jurídicas), México 1997.

ta... Tenía una serie de cualidades que ningún otro personaje de la época volvió a reunir. Fue una pena que Puebla perdiera un pastor tan insigne. Se había pensado incluso en ubicarlo en la sede de México, cuando sobrevino su caída en desgracia y su vuelta a España.

P. ¿Cómo valoraría la política de la corona, que Palafox debía ejecutar?

R. Yo creo que la política española estuvo mal conducida. No quiso provocar más disturbios, que ya eran de por sí graves, y lo retiró. Sacrificó a Palafox en pro de una posible paz, que tampoco llegó, pues las cosas, después de que él se marchase, siguieron peor de como habían estado. Así fue realmente. Siempre he sentido por Palafox una gran admiración. Lo estimo como uno de los personajes más salientes y uno de los administradores más notables de la corona española.

P. Una última cuestión. Nuevamente se ha lanzado usted a editar una revista. ¿Cómo se le ha ocurrido sacar ahora «Novahispania» y con qué subsidios cuenta? Pues no sólo es una revista, ya que cada volumen cuenta con un anejo documental que se publica a parte, como un libro autónomo...

R. Estoy adscrito a mi Instituto —que es el de Investigaciones Históricas— que edita tres revistas científicas estupendas, una de ella dedicada a la historia de la época colonial mexicana, que ha salido con cierta irregularidad, aunque últimamente ha recibido un fuerte impulso y yo colaboro en ella muy a gusto⁴³.

De todas formas, estando yo cerca de un grupo de investigadores del Instituto de Investigaciones Filológicas, principalmente con los del Centro de Estudios Clásicos, se nos ocurrió promover unos «Encuentros de Historiadores de la Filosofía Novohispana», de los cuales acaba de celebrarse el décimo, en Oaxaca. Filológicas tenía su revista de estudios clásicos, «Nova Tellus», que era importante, pero centrada en cuestiones fundamentalmente filológicas y lingüísticas. Hacía falta un órgano que diera cuenta de la cultura novohispana en general y diese salida a las contribuciones que surgían de nuestros «Encuentros», que no eran ni pura filosofía ni pura filología. Así se constituyó un pequeño grupo con Mauricio Beuchot, Germán Viveros, Roberto Heredia, Carmen León y otros investigadores de la cultura novohispana. Y pensamos que la nueva revista, que bautizamos con el nombre de «Novahispania», fuera el cauce o vía de expresión de lo que había sido la cultura novohispana en sentido amplio: filosófica, teológica, literaria, artística..., sin orillar otras facetas de la vida cotidiana de un país, que son el fundamento y dan base a la cultura, como la economía, la política y la sociedad. Nuestra revista es bastante importante, a pesar de su juventud, y está muy abierta a todo.

No nos hemos obligado a sacarla periódicamente, para no vernos constreñidos a hacer un trabajo rápido y malo. Cuando tenemos un cuerpo suficientemente valioso y amplio, sale un número. Por consiguiente su periodicidad será variable: anual o semestral, según la prisa y la suerte que vayamos teniendo. Los trabajos más amplios, que no constituyen ya un artículo sino una monografía aparte, se editarán en un anejo. Por ello, cada número de la re-

43. Se refiere a la revista «Estudios de Historia Novohispana» del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

vista lleva su anejo correspondiente. El anejo está realizado por una persona o por varios autores. En la revista también son varios colaboradores.

El primer número de «Novahispania» sacó un anejo con sendos estudios de Walter Redmond y de Mauricio Beuchot. El segundo número de «Novahispania», que circuló hace algunos meses, llevó como anejo el trabajo mío sobre Juan Rodríguez de León Pinelo, del que ya he hablado antes. El número tres, que ya va a salir de la imprenta, tiene como anejo un trabajo de Germán Viveros, titulado «Talía novohispana», es decir, un estudio sobre el teatro. El cuarto número, que ya ingresó a prensas, tiene un material muy variado.

P. ¿Cómo se han manejado en la financiación?

R. Echamos a andar el proyecto sin contar con recursos. Tuvimos que pedir al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) que nos subvencionara con una pequeña cantidad para pagar la impresión de la revista y de los anejos. El subsidio que obtenemos es muy limitado. No cubre ningún sueldo, ningún honorario, pero sí cubre el costo material de la impresión. Todo lo demás lo realizamos *ad honorem*.

P. ¿Cómo la difunden?

R. Hemos tratado de que llegue a las Universidades. Principalmente a las mexicanas, aunque sin excluir a las extranjeras. Hacemos un tiraje corto, de quinientos ejemplares, pero mandamos por toda Europa (llega a Checoslovaquia, Austria, España, Italia y Francia) y muy particularmente a las Universidades de los Estados Unidos, con algunas suscripciones.

Como todo es honorario, no peleamos tener ningún recurso, ningún reembolso satisfactorio... Estamos, pues, a lo que dure el subsidio que nos da CONACYT. Por lo pronto, CONACYT la ha considerado como un trabajo de muy alta calidad. De excelencia académica notable. Y por eso seguimos recibiendo el subsidio.

Ahora, tenemos una buena perspectiva. Justamente la dirección del Instituto de Investigaciones Filológicas, viendo que todo el mundo solicitaba la revista y que acudían a nuestras reuniones, se ha interesado. Nos ha hecho el ofrecimiento de que, si se terminara el subsidio de CONACYT, se haría cargo de la publicación.

* * *

Sin darnos cuenta han pasado casi más de dos horas y nos quedan aún muchas preguntas que hacer a Don Ernesto. Por las ventanas del Instituto de Investigaciones Históricas se ven ya las luces, que van apagándose, de las construcciones vecinas. El Circuito Mario de la Cueva está ya completamente iluminado por las lámparas de color cálido que recuerdan un malecón tropical. Nos queda la segura confianza de que la labor de estos grandes maestros mexicanos seguirá dando fruto maduro aquí y en muchos otros centros de estudios superiores.

Claudia Márquez Pemartín
Universidad Panamericana
Augusto Rodin, 498
Plaza de Mixcoac
03910 México D.F.
cmarquez@mixcoac.upmx.mx